



EL FUEGO SAGRADO

Bruce Sterling

"Dentro de cien años, el mundo estará regido por un poderoso complejo médico-industrial y la principal preocupación será mantenerse en vida: hasta los 150 o 180 años. Pero el placer y la aventura parecen definitivamente perdidos, junto con el fuego sagrado de la experiencia creativa!"

A finales del siglo XXI, el poderoso complejo médico-industrial domina la economía mundial y el poder está en manos de una gerontocracia de seres atentos principalmente a los últimos avances de la tecnología médica que han de permitir alargar la duración de la vida humana hasta límites hoy insospechados. Los jóvenes viven de la caridad gubernamental como marginados sin recursos.

Pero la existencia vivida con las precauciones que han llegado a ser habituales en la gerontocracia médica, resulta estar completamente desprovista de placeres y aventuras. Mia Ziemann, una médico-economista de 94 años de edad, decide enfrentarse a sus cuidadores médicos y afrontar un peligroso proceso experimental de rejuvenecimiento. Deberá escapar a Europa y, en Munich, Praga y Roma, buscar una nueva satisfacción espiritual, la ansiada revelación erótica y, lo más importante, el misterioso fuego sagrado de la experiencia creativa.

PRESENTACIÓN

HACE ya más de treinta años, William F. Nolan y George Clayton Johnson publicaron La FUGA DE LOGAN (1967), una especulación hoy famosa sobre un futuro superpoblado en el cual se instaura una ley que obliga al suicidio al llegar a los 21 años. Más tarde, en 1976, cuando la novela se llevó al cine bajo la dirección de Michael Anderson, se elevó a 30 la edad en la que los seres humanos debían morir para dejar paso a los jóvenes. Se trataba, evidentemente, de una provocación para suscitar la reflexión en torno a un mundo que envejece al tiempo que padece un grave exceso de población.

Sin duda este problema puede afrontarse desde este punto de vista, pero posiblemente resulta mucho más verosímil el planteamiento que propone Bruce Sterling en la novela que hoy presentamos.

EL FUEGO SAGRADO parte de una hipótesis opuesta: Sterling imagina un futuro en el que los ancianos controlan el mundo y en el que una gerontocracia médica rige los destinos de la sociedad. El mundo afinales del siglo XXI podría ser, para Sterling, una organización económica, política y social regida por ancianos y donde los jóvenes son, inevitablemente, seres marginales.

A finales del siglo XXI, un nuevo estamento médico-industrial controla la economía mundial al tiempo que la biomedicina recibe las mayores inversiones e innovaciones técnicas. Tal como se narra al principio del segundo capítulo de esta novela: «Diversos aspectos del complejo médico-industrial empleaban a un 15% de la población trabajadora

del planeta. El volumen de la investigación gerontológica era mayor que la agricultura. El premio era la supervivencia».

El objetivo es precisamente que las técnicas de supervivencia alcancen la mítica proporción de un año de prolongación vital por año de vida, lo que equivale a la ansiada inmortalidad. Una inmortalidad cuya obtención se presenta como un punto culminante en la historia social de la humanidad.

Pero, como en tantos otros planteamientos de ficción, la longevidad tiene sus costes y, al menos para la protagonista de la novela, el más grave es precisamente la pérdida de la capacidad creativa, ese «fuego sagrado» que da título a esta curiosa novela que nos describe un futuro tal vez demasiado verosímil.

Bruce Sterling se dio a conocer en el mundo de la ciencia ficción en la corriente ciberpunk que se difundió con gran éxito a mitad de los años ochenta. Con toda seguridad ha sido uno de sus más devotos defensores y, a la postre, el recopilador de la antología «definitiva» del tan divulgado por la prensa, aunque efímero, movimiento: MIRRORSHADES, THE CYBERPUNK ANTHOLOGY (1986, Sombras especulares, la antología ciberpunk. A diferencia de la mayoría de los autores inscritos en la corriente ciberpunk, Sterling se interesó tanto por la tecnología involucrada en ese futuro de megápolis dominadas por la informática como por los aspectos económicos, sociales y políticos implicados en ese futuro.

Abandonada ya la temática más claramente ciberpunk, (como parecen haber hecho ya la mayoría de los autores presuntamente inscritos en esta corriente, que nació de los afanes comerciales de la editora Ellen Datlow), Sterling aborda ahora nuevos enfoques, entre los que me ha parecido destacable esta novela casi iniciática, de «viaje», sobre una anciana que, modificada biomédicamente, descubre la desesperanza de una juventud completamente ajena al po-

der. La longevidad y la creación artística constituyen el eje central de EL FUEGO SAGRADO, y las reflexiones especulativas de Sterling, junto a la descripción de la Europa del futuro, resultan de lo más interesante. No es extraño: el tema de la prolongación de la vida forma parte de las preocupaciones habituales de Sterling y ya se encontraba en sus primeras novelas: EL CHICO ARTIFICIAL (1980) y SQUIS-MATRIX (1985).

Curiosamente, el premio Hugo de 1997 tuvo como finalistas a dos novelas que hablan de la vejez. Ambas han encontrado acogida en nuestra colección por razones bien distintas. En RESTOS DE POBLACIÓN (1996, NOVA número 115) Elizabeth Moon presenta a una anciana de 70 años que decide quedarse en una colonia abandonada y de esta forma se convierte en el único ser humano en establecer el «primer contacto» con una especie alienígena. En EL FUEGO SAGRADO (1996, NOVA número 114) se trata de otra mujer, Mia Ziemann, una economista médica de 94 años perteneciente a la gerontocracia médica que rige los destinos de la sociedad a finales del siglo XXI. Ella experimenta con un nuevo proceso de rejuvenecimiento para emprender después una incansable búsqueda de la creatividad entre los jóvenes marginados de la Europa del futuro.

Otro aspecto destacable de EL FUEGO SAGRADO es el tratamiento que Bruce Sterling realiza del hecho lingüístico. No es habitual en un norteamericano percibir que, al expresarse en una lengua que no es la propia, uno parece en cierta forma menos inteligente de lo que realmente es. En las palabras exactas de un personaje de la novela: «Cuando alguien habla una versión reducida de tu lengua, resulta difícil no subestimar su inteligencia. Siempre parecen tontos».

Esa atención a la realidad de una multiplicidad de lenguas es una novedad importante en la ciencia ficción: al fin y al cabo, todos recordamos al capitán Kirk y ala tripulación del Enterprise de START TREK llegando a cualquier lugar

del universo, donde, evidentemente, se habla siempre un perfecto inglés.

Tal vez por eso, en esta novela Sterling hace repetido uso de supuestos traductores automáticos que permiten a los personajes hablar libremente en su idioma materno (sin parecer idiotas), mientras que los interlocutores oyen la versión traducida automáticamente (indicada en el texto entre corchetes).

Además, para ser respetuoso con la opción tomada, Sterling expresa siempre los nombres de ciudades y lenguas en el idioma original: Praha, Milano, etc.; y también français, deutsch, etc.; sin olvidar los gentilicios como californian, deutsch lander, etc. La mezcla idiomática es una característica intrínseca de esta novela y a mi entender la traducción de Pedro Jorge Romero ha sabido respetarla. Pido disculpas a los puristas del lenguaje, pero en EL FUEGO SAGRADO la multiplicidad de idiomas era, creo, imprescindible.

Al fin y al cabo, el respeto a otras lenguas que no sean el inglés no es habitual en el casi agobiante predominio anglosajón de la ciencia ficción moderna, una visión que no deja de ser realista (o al menos de interés...) en la Europa del futuro.

Y nada más, les dejo con esta novela cuyo trasfondo, como decía el mismo Sterling en una entrevista en el LOCUS de mayo de 1996: «Es una sociedad muy estática y conservadora, pero que maneja unas tecnologías tan radicales que no pueden ser mantenidas bajo control». No hay que imaginar el futuro para encontrar lo mismo. Sterling, como tantos buenos autores de ciencia ficción, nos habla, evidentemente, de nuestro propio tiempo y nuestra propia sociedad.

Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

CAPÍTULO 1

MIA ZIEMANN necesitaba saber qué vestir para ir a un lecho de muerte.

La red aconsejaba simplicidad y sinceridad. Mia era una economista médica californiana de noventa y cuatro años, mientras que el futuro fallecido, Martin Warshaw, había sido un amor de universidad setenta y cuatro años antes. Mia podía esperar algún discurso preparado. Probablemente habría un legado de algún tipo. La conversación sería en parte un intento de poner la vida del señor Warshaw en orden retrospectivo, para darle el sentido de gracia y conclusión tan deseable en el último capítulo de la vida. No se le pediría que presenciase el momento exacto de la muerte.

La reunión ante el lecho de muerte de amantes largo tiempo separados era un desafío para la etiqueta, pero los últimos años del siglo veintiuno resplandecían por su exactitud social. Dilemas de ese tipo se discutían exhaustivamente en interminables ciclos de peticiones de comentarios, documentos preliminares de consejos de expertos, anécdotas testimoniales, congresos de ética, declaraciones juradas, manuales de política. Ningún aspecto de la experiencia humana escapaba a ser suavizado por consejos meditados, razonados y madurados.

Mia estudió todo lo que pudo soportar de aquel material. Pasó la tarde familiarizándose con los informes financieros y médicos de Martin Warshaw. No había visto a Martin en cincuenta años, aunque había seguido algo su carrera pública. Los informes sobre Martin resultaron ser muy re-

veladores e informativos. Convertían su vida en un libro abierto. Ese era su propósito.

Mia tomó una decisión: zapatos bajos negros, medias, un ceñidor y una faja reactivos, y un vestido de seda de cuerpo entero castaño y gris, mangas largas, cuello alto. Un sombrero parecía definitivamente necesario. Nada de guantes. Se recomendaban los guantes, pero parecían demasiado clínicos.

Mia recibió un filtrado de sangre, tratamiento de enzimas en la piel, una masaje hasta el hueso, un baño mineral y una manicura. Se hizo limpiar el pelo, laminarlo, darle volumen, peinarlo y darle laca. Aumentó la grasa saturada de su dieta. Durmió esa noche bajo una tienda hiperbárica.

A la mañana siguiente, 19 de noviembre, Mia fue a la ciudad en busca de un sombrero decente, el tipo de sombrero que realmente fuese bien con las circunstancias. En San Francisco hacía un frío día de otoño. La niebla venía de la bahía, deslizándose por los acantilados de los rascacielos de oficinas. Paseó y fue de compras, y fue de compras y paseó, durante mucho tiempo. No vio nada que se ajustase a su ánimo.

Un perro la seguía por Market Street, esquivando a la multitud. Ella se detuvo tras la columna en sombras de un pórtico y alargó una mano desnuda para atraerlo.

El perro se detuvo tímidamente, luego se acercó y le olió los dedos.

—¿Es usted Mia Ziemann? —dijo el perro.

—Sí, lo soy —dijo Mia. La gente pasaba a su lado, rápido y con un propósito, con las caras solemnes y los elegantes zapatos golpeando los ladrillos rojos de la acera. Bajo la firme disciplina de la mirada de Mia, el perro se sentó a sus pies.

—La seguí desde su casa —alardeó el perro, jadeando rítmicamente—. Está muy lejos. —El perro vestía un jersey de punto a cuadros, pantalones caninos a medida y gorra negra de punto.

Las patas delanteras del perro, enguantadas, eran vagamente prensiles, como las patas de un mapache. El perro tenía un pelo corto y limpio de ligero color pajizo y grandes y atractivos ojos. Su voz salía de un altavoz que tenía implantado en la garganta.

Un coche pitó a un peatón que se retrasaba, rompiendo con rudeza el sutil murmullo urbano del centro de San Francisco.

—He caminado mucho —dijo Mia—. Has sido muy inteligente encontrándome. Buen perro.

El perro se alegró ante el halago y agitó la cola.

—Creo que me he perdido y tengo mucha hambre.

—No te preocupes, perro bonito. —El perro apestaba a colonia—. ¿Cuál es tu nombre?

—Platón —dijo el perro con timidez.

—Es un bonito nombre para un perro. ¿Por qué me sigues?

Aquel sofisticado intercambio conversacional había agotado el limitado repertorio verbal del perro, pero con la alegre versatilidad usual de la especie se limitó a cambiar de tema.

—¡Vivo con Martin Warshaw! ¡Es muy bueno conmigo! Me alimenta bien. Además, ¡Martin huele bien! Menos ahora... como el otro día. No como... —El perro parecía que sufría—. No como ahora...

—¿Te envié Martin para que me siguieses?

El perro lo meditó.

—Habla sobre usted. Quiere verla. Debería venir a hablar con él. No puede ser feliz. —El perro olió el pavimento, luego levantó la vista lleno de esperanza—. ¿Puede darme un galleta?

—No llevo galletas conmigo, Platón.

—Eso es muy entristecedor.

—¿Cómo está Martin? ¿Cómo se siente?

Una profunda ansiedad llenó las peludas arrugas caninas alrededor de los ojos del perro. Era sorprendente lo ex-

presiva que se volvía la cara de un perro cuando aprendía a hablar.

—No —dijo finalmente el perro—. Martin huele infeliz. Mi hogar se siente mal por dentro. Martin me está poniendo muy triste. —Comenzó a aullar.

Los ciudadanos de San Francisco eran un grupo muy tolerante, civilizado y cosmopolita. Mia podía ver que los peatones no aprobaban para nada que alguien se metiese públicamente con un perro hasta hacerle llorar.

—No te preocupes —lo calmó Mia—, tranquilo. Iré contigo. Iremos a ver a Martin ahora mismo.

El perro gimió, demasiado turbado para poder hablar.

—Llévame a casa con Martin Warshaw —le ordenó.

—Oh, perfecto —dijo el perro, alegrándose. El orden había regresado a su universo moral—. Eso puedo hacerlo. Eso es fácil.

La guio, brincando, a un tranvía. El perro pagó por los dos, y se bajaron después de tres paradas. Martin Warshaw había elegido vivir al norte de Market, en Nob Hill, en uno de los rascacielos a prueba de terremotos edificados alrededor del 2060, un montón policromo. Había sido ambicioso, para los gustos chillones de la época, con un exterior de vivaz estructura que era una confusión de ventanas y balcones.

Dentro del edificio la tranquilidad era narcótica. La entrada ofrecía un bosquecillo interior de naranjos y aguacateros de intensa fragancia plantados en maceteros portátiles policromados de dos toneladas. Los árboles se movían agitados por pequeñas bandadas de pinzones.

Mia siguió a su escolta canina hacia un ascensor cubierto de murales. Salieron en el décimo piso, a un pavimento de piedra. La iluminación interna del edificio era una imitación hiperrealista de la luz del norte de California. La gente había colgado la colada a la luz y la brisa suave del edificio. Mia se abrió paso por entre las enormes jacarandas en maceta y compró un paquete de galletas para perros de un

expendedor automático. El perro aceptó un galletita en forma de hueso con amable entusiasmo.

Olorosas plantas trepadoras florecían sobre el recubrimiento de piedra del apartamento de Martin. La pesada puerta se abrió bajo un único toque de la pata del perro.

—¡Mia Ziemann está aquí! —anunció el perro al aire poniendo en ello todo el corazón. El salón tenía la limpieza sanitaria de algunos extraños hoteles pasados de moda: palmeras en macetas, un armario multimedia de caoba, altas lámparas de pie, una mesa de teca recubierta de vidrio con impecables objetos de vidrio y frascos herméticos de frutos secos. Un par de enormes ratas con collarines de control engullían comida de laboratorio de un cuenco que había sobre la mesa.

—¿Podría guardarle el abrigo? —preguntó el perro.

Mia se quitó de un gesto la gabardina y se la entregó al perro. Vestía lo que normalmente se ponía para ir de compras: pantalones a medida y una blusa de manga larga. La ropa informal tendría que ser suficiente. El perro se embarcó valiente en complejas maniobras con un perchero.

Mia colgó el bolso.

—¿Dónde está Martin?

El perro la condujo al dormitorio. Un moribundo con un pijama japonés estampado estaba tendido sobre los cojines de una cama estrecha. Estaba dormido o inconsciente, la cara llena de arrugas, el pelo fino y sin vida desordenado.

Al verlo, Mia casi se volvió para salir corriendo. El impulso de limitarse a huir de la habitación, huir del edificio, escapar de la ciudad, fue más intenso e instintivo que cualquier otro impulso emocional que hubiese sentido en años.

Mia se quedó allí. Enfrentada a la absoluta realidad de la muerte inminente, todos los consejos y preparativos no significaban nada. Se quedó de pie y esperó a que algún recuerdo —cualquier recuerdo— le viniese a la mente. Fi-

nalmente llegó el reconocimiento, y el rostro moribundo adquirió forma.

No había visto a Martin desde hacía más de cincuenta años. No lo había amado desde hacía más de setenta. Pero allí estaba Martin Warshaw. En lo que quedaba de su carne.

El perro golpeó la mano de Warshaw con el hocico. Warshaw se movió.

—Abre las ventanas —murmuró.

El perro apretó un botón cerca del suelo. Las cortinas se apartaron y un ventanal de todo lo ancho del suelo se abrió al húmedo aire del Pacífico.

—Estoy aquí, Martin —dijo Mia.

Él parpadeó sorprendido.

—Has venido pronto.

—Sí, me encontré a tu perro.

—Entiendo. —La parte de atrás del lecho mortuario se elevó, colocándolo en posición sentada—. Platón, por favor, tráele una silla a Mia.

El perro mordió la pata de madera doblada de la silla más cercana y tiró torpemente de ella sobre la alfombra, resoplando y gimiendo por el esfuerzo.

—Gracias —dijo Mia y se sentó.

—Platón —dijo el moribundo—, por favor, permanece en silencio. No nos escuches, no hables. Puedes desconectarte.

—¿Puedo desconectarme? Bien, Martin. —El perro se hundió en la moqueta en profunda confusión. La larga cabeza peluda cayó sobre la alfombra y se agitó un poco, como si soñase.

El apartamento estaba impecablemente limpio y en sospechoso orden. Por su aspecto, Mia sabía que Martin no había salido de la cama en semanas. Por allí habían pasado las máquinas de limpieza, y personal de apoyo civil en su interminable recorrido de comprobación social. El lecho de muerte era discreto pero, a juzgar por el murmullo sutil y el borboteo ocasional, estaba bien equipado.

—¿Te gustan los perros, Mia?

—Es un ejemplar muy bonito —dijo Mia, oblicua.

El perro se puso en pie, se agitó y comenzó a olisquear sin orden por la habitación.

—Tengo a Platón desde hace cuarenta años —dijo Martin—. Es uno de los perros más viejos de California. Uno de los perros más alterados que pertenece a un propietario privado; incluso han escrito sobre él en las revistas de criadores. —Martin le lanzó una sonrisa luminosa—. Hoy en día Platón es más famoso que yo.

—Se ve que has hecho mucho con él.

—Oh, sí. Ha pasado por cada uno de los procedimientos que me han aplicado a mí. Raspado arterial, operación de riñón, mantenimientos de hígado y pulmones... Nunca probé ninguna técnica de extensión sin ensayarla primero en el bueno y viejo Platón. —Martin dobló las manos cerúleas y huesudas sobre la colcha—. Por supuesto, es más fácil y barato realizar operaciones veterinarias que extensiones posthumanas; pero supongo que necesitaba la sensación de compañía. A uno no le gusta ir a solas a... experiencias médicas tan profundas.

Ella sabía lo que quería decir. Era una sensación común. Los cuerpos animales siempre habían precedido a los cuerpos humanos en las fronteras médicas.

—No aparenta cuarenta años. Cuarenta son muchos años para un perro.

Martin cogió una tablilla que estaba al lado de la cama. Acarició la superficie reactiva con la punta de los dedos, luego se pasó los dedos por el pelo; un gesto que Mia reconoció con el impacto del *dé ja vu*, después de siete largas décadas.

—Los perros son animales maravillosamente resistentes. Es sorprendente lo bien que saben adaptarse a la vida, incluso después de convertirse en postcaninos. La habilidad de hablar representa una diferencia especial.

Mia miró cómo el perro olisqueaba por el dormitorio. Liberado de la pesada carga cognoscitiva del lenguaje, el perro parecía más activo, más libre, menos dirigido, de alguna forma más auténticamente mamífero.

—Al principio, estaba claro que todo lo que decía era generado por una máquina —dijo Martin, tirando de una almohada. Había empezado a aparecer algo de color en su cara. Lo había hecho rascando en la pantalla sensible al tacto, y con la cama, y con los aparatos de apoyo médico que usaba, todo conectado a su carne bajo el pijama—. Simplemente una prótesis verbal para un cerebro canino. Muy entrecortado, muy... artificial. Tuvieron que pasar diez años para que todo se ajustase, para que quedase completamente integrado. Pero ahora el habla es simplemente una parte de él. A veces lo pilló hablando consigo mismo.

—¿De qué habla?

—Oh, nada demasiado complejo. Nada demasiado abstracto. Cosas modestas. Comida. Calor. Olores. Es, después de todo, bajo todo eso, solo mi viejo perro. —Martin miró al perro con sincero afecto—. ¿No es así, muchacho? —El perro levantó la vista y agitó la cola en silencio.

Mia había vivido durante un siglo largo y difícil. Había presenciado grandes plagas globales, y los subsecuentes avances rápidos en medicina. Había sido una testigo muy interesada mientras se añadían nuevas criptas, contrafuertes y torres a la vieja Casa del Dolor. Había analizado profesionalmente las estadísticas de muertes de millones de animales de laboratorio y miles de millones de seres humanos, y había examinado los distintos resultados de cientos de técnicas de extensión vital. Había ayudado a evaluar sus múltiples y terribles fallos, y los éxitos menores pero reales. Había juzgado meticulosamente los avances en medicina en proporción a la inversión de capital. Había realizado recomendaciones a varios órganos del complejo médico-industrial global. Nunca había conseguido superar su miedo

primario a la muerte y al dolor, pero ya no permitía que el simple miedo afectase demasiado a su comportamiento.

Martin se moría. Padecía, para ser exactos, degeneración neuronal amiloidea, parálisis espinal parcial, daños en el hígado y nefritis en los riñones, todo lo que había llevado por complejos caminos de declive metabólico a un estado que sus informes resumían como «insoportable». Mia, por supuesto, había leído su prognosis cuidadosamente, pero el análisis médico era un producto de su terminología. La muerte, en obvio contraste, no era una palabra. La muerte era una realidad que atrapaba a la gente y marcaba su sello primario en cada fibra de su ser.

Podía ver inmediatamente que Martin se moría. Se moría, y le ofrecía a ella lugares comunes sobre su perro en lugar de crueles verdades sobre su muerte, porque su lamento más sincero y genuino en la vida era abandonar a su perro. Las exigencias, las obligaciones, te obligaban a vivir. La supervivencia era un acto de obligación para con los amantes y las personas a tu cargo, para cualquiera que esperase que sobrevivieses. Un perro, por ejemplo. ¿En qué año estaban? ¿2095? Martin tenía noventa y seis y su mejor amigo era un perro.

Martin Warshaw la había amado en una ocasión. Por eso había organizado aquel encuentro, por eso le estaba planteando súbitas exigencias emocionales después de cincuenta años de silencio. Era un acto complejo de deber, rabia, pena y cortesía, pero Mia comprendía la realidad de la situación, de la misma forma que comprendía otras muchas cosas en esos días: demasiado bien.

—¿Tomas alguna vez mnemónicas, Mia?

—Sí. Tomo drogas para la memoria. Las más suaves. Cuando las necesito.

—Ayudan. Me ayudaron a mí. Pero se convierten en un vicio, por supuesto, si te pasas. —Sonrió—. Ahora mismo me estoy pasando mucho. Hay mucho placer en los vicios cuando no tienes nada que perder. ¿Te gustaría una mne-